



**Benjamín Padilla**

(Pseudónimo: Kaskabel)

△▽

## **Elogios póstumos<sup>6</sup>**

«Señores:

»Hemos venido a empapar con nuestro llanto la húmeda arena de esta fosa, que pronto encerrará ¡ay! para siempre, los despojos del que en vida fue la estatua de la honradez, el modelo de la integridad, el tipo del buen amigo, el más amoroso de los padres de familia; el hombre sin hiel, que sólo abrigó en su corazón dulces afectos y virtudes acendradas...».

¡Así, sobre poco más o menos, comenzaba el elogio fúnebre de un señor Gamiño, que en los cuarenta y pico años que vagamundeó por este desgraciado planetilla, no hizo más que emborracharse; armar camorra no sólo con la gente, sino hasta con los gendarmes; robar cuanto podía; hablar mal de sus amigos; aplacar a su cónyuge en sus ratos de ocio -que lo eran todos- y no importarle un demonio ni la familia, ni la sociedad, ni nada!

Es decir, que aquella «estatua de la honradez», como le llamaron cuando murió, fue en vida un verdadero Tancredo de la sinvergüenzada. Tenía a su mujer, que dizque en su juventud había sido bonitilla, convertida en una sardina de tan flaca, pues cuando no le enamoraba a las «gatas» de su casa (que era sólo cuando no las tenía), andaba medio «ahogado» de vino y casi siempre bebía del bravo.

Pero esto es lo único que la muerte tiene de bonito. Porque en cuanto estrena uno zapatos, estando tirante en la cama, le salen a chaleco cualidades en las cuales en vida ni soñaba.

La conmiseración pública le inventa virtudes y dones cuando no los tiene el individuo, y nadie hay que se acuerde, ni de chanza de que el pobre difunto fue un pillo tramposo; un dechado en fin, de picardías, el *trust* del pillaje, bribón de alternativa y doctor borlado en el arte del fraude. «¡Pobrecito! Después de todo, tenía buen fondo, ¡no creas! Es cierto que mató a un hijito de tres años, de un solo leñazo en la cabeza. Pero fue un arrebato. Yo lo llegué a ver dando caridad a los mendigos que le salían al paso en la calle».

«Y no sólo eso. ¿Te acuerdas cuando le quemó la boca a su mujer con un tizón, queriendo que confesara la verdad por lo que se decía con el zapatero D. Febronio? Pues el pobrecito lloraba de arrepentimiento y dijo en la comisaría que ya no se la volvería a quemar. ¡Era de buen fondo!».

En los cementerios es quizá donde se dicen más mentiras. Sin respeto a los muertos, allí se miente descaradamente en todo.

Lápidas hay que dicen:

«A Fulana de Tal, su esposo inconsolable» y resulta que todavía no acaba de grabar la lápida el marmolero y ya va el «inconsolable esposo», camino a la Barranca, lanzando aullidos de gusto, enamorando a alguna güerona que lleva al lado.

Como esa mentira hay muchas otras. Las flores simbolizan el recuerdo, pues bien: casi todas las siembran, las riegan y las cuidan los jardineros sin que los dolientes las vean más que el día de finados, en que van en «chorcha».

Si al mundo que está después de esta vida llegan noticias de este planeta, con la crónica de los elogios que se hagan de cada cual, con seguridad que los difuntos pasarán un rato muy contentos y lanzarán macabras carcajadas, al oír la apología de tantos que en vida no pasaron de ser sino unos pillos, sin pizca de vergüenza.

Permitido el uso sin fines comerciales

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

